



## ESPAÑOLISMO Y EUROPEÍSMO. «EL SER ESPAÑOL» EN LA OBRA DE JULIÁN MARÍAS Y RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL



Marga Graf/Aachen

### UNA PSICOLOGÍA DEL ESPAÑOL

A fines del siglo XX y frente a sociedades en permanente cambio globalmente y con especial intensidad referente a una Europa unida, por primero en el campo económico y financiero y un día quizá también políticamente, la cuestión *¿qué somos?* –como individuos nacionales, regionales o, más tarde, como *europeos*– un estudio especialmente centrado en *el ser español* podía ser, de nuevo, de algún interés fundamental en el campo literario especificado en las investigaciones de la «imagología», es decir el estudio de auto y hetero-imágenes en las diversas literaturas europeas. *¿Qué es ser español?* pregunta Julián Marías, autor de varios trabajos que se ocupan con la vida cultural y espiritual de España a base de la historia, la literatura, movimientos de ideas, estructuras sociales y políticas. «¿Es algo claro, unívoco y permanente? ¿Se puede aplicar ese nombre en todas las épocas, a todos los hombres y mujeres que han vivido en cada una de ellas? [...] ¿Cómo puede sentirse el que es español?»<sup>1</sup> ¿Una cosa de poca importancia o una cuestión fundamental de autodefinición del individuo, de la nación? Para el autor del libro *Ser español. Ideas y creencias en el mundo hispánico*, no le parece muy fácil dar una respuesta convincente. Ese carácter nacional, ¿una «figura fija» del español, del francés, del inglés, del alemán etc.? Para Julián Marías el individuo no es un ser estático, incambiable, pero un ser en estrecha conexión con su ambiente de época y social, un individuo en permanente desarrollo: «Entre el inglés del tiempo de Shakespeare y el de la era victoriana hay enormes diferencias; lo mismo se podría decir del alemán del siglo XVIII y del tiempo de Bismarck o de Hitler»<sup>2</sup> Tesis muy interesante, especialmente para el campo de la psicología de los pueblos. El *ser humano*, El *ser español* en el caso especial, para Julián Marías, debe ser considerado bajo aspectos de época: el pasado, el presente, el futuro:

Las formas de otro tiempo no son lo que «somos», sino lo que *hemos sido*, lo que seguimos siendo en esa forma peculiar, propia de lo humano. Es de dónde

---

<sup>1</sup> Julián Marías, *El ser español. Ideas y creencias en el mundo hispánico*, Barcelona: Editorial Planeta, 1987, pág. 11.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 12.

*venimos*, y sin ello no se comprende adónde hemos *llegado*, a qué altura o nivel estamos, qué somos como hombres, es decir, históricamente.<sup>3</sup>

El hombre, para J. Marías, no debía ser considerado solamente un factor biológico, una *visión naturalista*: «En buena medida somos *lo que creemos ser*. De ahí que la riqueza o la pobreza de una realidad nacional dependa, más aún que de lo que «es», de la intensidad y perfección con que sea conocida, imaginada, aprehendida, proyectada».<sup>4</sup> Pero de ahí que, también, pudiesen resultar interpretaciones falsas del *ego* nacional, que vive, como dice Marías, en un «*estado de error* respecto a sí mismo» lo que en cuanto a los pueblos referentes podía explicar «las anomalías de su historia.» De toda esa problemática de poder definir exactamente el *ser nacional*, otro problema resulta, él de la *autenticidad de los caracteres* de los pueblos:

[...] hay que preguntarse por el grado de autenticidad de los elementos integrantes de la imagen que un pueblo tiene de sí mismo; la posible oscilación es inmensa, entre un máximo de autenticidad –la completa no es posible– y un nivel de falsedad que puede llegar a la locura –a un acceso pasajero de ella o a una condición habitual.<sup>5</sup>

Caracteres típicos del español para J. Marías son la capacidad para «una conversación libre, espontánea, vivaz, que brota por todas partes», el arte y la elegancia con que el español sabe «perder el tiempo», «proyectar a *distancias extremas*: para esta misma tarde o para toda la vida».<sup>6</sup> El español solo muy raro acciona espontáneamente, *jugarse la vida*:

El español ha sido siempre –y es todavía– uno de los hombres más fácilmente dispuestos a jugarse la vida; la historia entera de España lo atestigua. [...] El español «tarda» algún tiempo en decidirse a jugarse la vida –sobre todo cuando lo ha hecho con demasiado intensidad poco antes, cuando está un tanto cansado de hacerlo y un poco dudoso de que valga la pena.<sup>7</sup>

¿Es España un país en atraso en cuanto al desarrollo técnico y las potencialidades en el mundo actual, un país en el que *el futuro significa su pasado*, como lo creen los otros, especialmente, en la opinión de J. Marías, los americanos? Para el autor no cabe duda ninguna de que los españoles tienen las posibilidades necesarias para poder superar con facilidad sus problemas internos, económicos, sociales o administrativos:

El único problema grave de España es el de ella misma. Quiero decir salvar su *concordia*, tantas veces rota y siempre amenazada; respetar la multiplicidad de elementos –regiones, grupos sociales, intereses, opiniones– de que su *unidad* se

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 12.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 12.

<sup>5</sup> *Ibid.*, págs. 13-14.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 40.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 39.

nutre, sin intentar sustituir una unidad viviente por un inerte bloque monolítico; abrirle al *futuro*, que es reino de la *libertad*.<sup>8</sup>

#### LA IMAGEN DE ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES EN SU HISTORIA

El historiador Ramón Menéndez Pidal distingue tres rasgos característicos de los españoles: *la sobriedad, la idealidad y el individualismo*. En cuanto a la sobriedad distingue una *sobriedad material* y una *sobriedad ética*:

[...] la sobriedad es la cualidad básica del carácter español, que no depende de un determinismo geográfico castellano, y es tan general que, partiendo de ella, podemos comprender varias de las otras características que ahora nos importa notar.<sup>9</sup>

Una sobriedad que no podía ser limitada a cierta región o época. El español, según Pidal, es un *senequista innato*. Conforme con la doctrina de Séneca, para él «no es pobre el que tiene poco, sino el que ambiciona más, porque las necesidades naturales son muy reducidas, en tanto que las de la vana ambición son inagotables». <sup>10</sup> Ese *senequismo espontáneo* le hace capaz de soportar «con fuerte conformidad toda carencia» muy característico en cuanto a la sobriedad ética que está «bien manifiesta en el estilo general de la vida: habitual sencillez de costumbres, noble dignidad de porte notada aun en las clases más humildes, firmeza en las virtudes familiares». <sup>11</sup> La sobriedad como rasgo esencial del *ser español* une dos características opuestas, negativas y positivas, la de la *apatía* y la de la *energía*:

Siempre entre dos extremos. Los españoles, para las decisiones en que ponen empeño, despliegan vigor inagotable, mientras en las actividades cotidianas no ponen interés. [...] Fuertes sufridores de lo peor, flojos en procurarse lo mejor. La *apatía* estoica para unas cosas y la vulgar *apatía* para otras. <sup>12</sup>

Julián Marías, por principio, de acuerdo con la definición del carácter español referente a la *sobriedad material*, por parte de Menéndez Pidal, es de opinión diferente en cuanto a la conducta consumidora de los españoles, después de fin de la segunda guerra mundial, cuando tienden ellos «hacia una mayor estimación de los bienes materiales, del refinamiento y lujo, y, por consiguiente, hacia la prioridad de lo económico». <sup>13</sup>

Un aspecto interesante en el análisis de R. Menéndez Pidal es el de que la *sobriedad* junto con la *apatía* y el *sosiego* como rasgos capitales, conduje a una conducta estática e inmóvil en cuanto a valores tradicionales, lo que, en la opi-

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 42.

<sup>9</sup> Ramón Menéndez Pidal, *Los Españoles en la Historia*, Barcelona: Espasa Calpe, 1959, págs.15-16.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 17.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 18.

<sup>12</sup> *Ibid.*, págs. 30-31.

<sup>13</sup> Julián Marías, *op. cit.*, pág. 48.

nión, de Pidal, significa un desinterés a todo nuevo y desconocido: «dada esa sobriedad volitiva, el español, satisfecho con lo suyo antiguo, con lo de siempre, no se ve muy incitado a buscar satisfacciones nuevas».<sup>14</sup> Tradicionalismo, *tradicionalidad*, como tal, no debía ser considerado como un factor negativo, dice Pidal, refiriéndose a los ingleses que al mismo tiempo prefieren lo tradicional sin negarse a lo nuevo. Lo más negativo del tradicionalismo español es lo que Menéndez Pidal define como *misonéismo*, esa «repulsión a todo lo nuevo, y eso sí, en ciertas épocas, ha obrado sobre el pueblo español como rémora, en connivencia con la vulgar apatía».<sup>15</sup> Para J. Marías motivo de contraargumentar, que, por lo menos, en la Edad Media y en el Renacimiento, no se dejen encontrar rasgos ningunos de ese fenómeno y que solo con la época del gobierno de Felipe IV se desarrolló un tal *misonéismo* «en que los españoles trazan –o completan, para ser más exactos– lo que Valera llama su *muralla de China* y ejemplificaba en Quevedo o Saavedra Fajardo», y que, más tarde, Ortega ha llamado «la *tibetanización de España*».<sup>16</sup>

En cuanto a la *idealidad* como segundo rasgo característico del *ser español*, Menéndez Pidal se refiere al hispano de la época antigua –época romana– lo mismo que al hispano moderno, y a la glorificación de la *muerte* considerada por los españoles «como el comienzo de un sobrevivir en otra vida superior».<sup>17</sup> Y es esa profunda religiosidad y su mito de una *tercera vida*, la razón de que el español, «sobrepone y antepone a todas las apetencias de la vida terrena, y no es raro que, en medio a los afanes de ésta, se exalte el anhelo de la muerte como entrada a una existencia mejor».<sup>18</sup> Una religiosidad que para J. Marías, en los siglos XVI y XVII, en su *máximo florecimiento*, «ha remediado en parte la dificultad del español para entender los intereses colectivos, por ejemplo benéficos o de asistencia, y ha influido favorablemente en la moralidad».<sup>19</sup>

Muy al contrario a esta estimación positiva del *colectivismo* como rasgo característico del *ser español*, R. Menéndez Pidal destaca el *individualismo* como tercer rasgo capital de la psicología española, en constatar que el español «propende a no sentir la solidaridad social» y si lo hace, es sólo «en cuanto a las ventajas inmediatas, desatendiendo las indirectas, mediatas o lejanas».<sup>20</sup> Y eso, según Pidal va a causar una indiferencia «para el interés general, deficiente comprensión de la colectividad, en contraste con la viva percepción del caso inmediato individual, no sólo el propio sino igualmente el ajeno».<sup>21</sup>

Es evidente, en la opinión de Menéndez Pidal, que ese individualismo espa-

<sup>14</sup> Ramón Menéndez Pidal, *op. cit.*, pág. 38.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 40.

<sup>16</sup> Julián Marías, *op. cit.*, pág. 50.

<sup>17</sup> Ramón Menéndez Pidal, *op. cit.*, pág. 48.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 52.

<sup>19</sup> Julián Marías, *op. cit.*, pág. 50.

<sup>20</sup> Ramón Menéndez Pidal, *op. cit.*, pág. 60.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pág. 60.

ñol, a través de la historia, podía ser visto en estrecha comunicación con «la concepción de altos ideales colectivos» como, por ejemplo, ha ocurrido en cuanto a la colonización de América, en favor de Dios y de los Reyes Católicos, de la religión y de la nación española, que ya iban a ser los grandes ideales de la *Reconquista*:

No hay nación que ofrezca movimientos colectivos semejantes, que en vez de populares deben llamarse nacionales. El pueblo produce sus guerrilleros y conquistadores porque, a pesar de su individualismo, es capaz de sentir grandes ideales colectivos.<sup>22</sup>

#### IDEAS Y CREENCIAS EN EL *SER ESPAÑOL*

La historia de España y de los españoles, dice J. Marías, está determinada más por las *creencias* que por las *ideas*, «mientras tenemos *ideas*, las creencias nos *tienen* (o *sostienen*)». Por el contrario las sociedades occidentales a partir del siglo XVII y, sobre todo, en el siglo XVIII, han practicado un cambio fundamental en el camino hacia las *ideas*:

Progresivamente, se va intentando vivir de ideas. Algunas «ideas», como la del progreso, se convierten en creencias: se inicia el *uso credencial de las ideas* por parte de los que ni las han descubierto, ni perciben su problematidad, ni son capaces de alcanzar su evidencia o darse cuenta de que carecen de ella.<sup>23</sup>

En cuanto al desarrollo de las *ideas*, en España comienza lo que J. Marías define como «anomalía hispánica». La separación de España de las *ideas* en los países occidentales, fue, en gran parte, un problema de la lengua, del latín practicado por los intelectuales, lo que tuvo por consecuencia que el Mundo Hispánico del siglo XVIII no dispusiera de una base lingüística adecuada para todos —el castellano o el catalán— que pudiese haber permitido a los historiadores y filósofos «ejecutar adecuadamente la operación que Europa realiza: el paso de una vida definida por las creencias a otra condicionada por las ideas».<sup>24</sup> Así el Mundo Hispánico va a encontrarse en una «situación deficiente»: no tiene una filosofía «actual y propia», y lo que es peor, si lo tuviese, no poseería «el instrumento lingüístico para hacérsela», y, por consiguiente:

Desde entonces, los pueblos hispánicos han vivido «de prestado», han dependido de formas mentales ajenas, no bien poseídas, no enteramente significativas: sin verdadera *independencia histórica*. Hemos estado condenados, a la vez, a *imitar* y a ser provincianos.<sup>25</sup>

Un desarrollo trágico, en la opinión de Julián Marías, visto el hecho de que

<sup>22</sup> *Ibid.*, págs. 104-05.

<sup>23</sup> Julián Marías, *op. cit.*, pág. 185.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 186.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pág. 186.

los intelectuales del Mundo Hispánico «habían sido de los más creadores» y «que *tenían que serlo* si no querían decaer». <sup>26</sup> A base de esta falta de una lengua filosófica adecuada, la sociedad española no llegó a «madurar» y a integrarse en el círculo de la vida intelectual de muchos de las sociedades occidentales como Francia, Italia, Alemania o Inglaterra. Y fue eso el comienzo y la causa de la *decadencia* española. Fueron los importantes sucesos políticos del siglo XIX, –los movimientos de Independencia en las colonias americanas, el derroto del sistema absolutista monárquico en España y primeros pasos a más democracia con la «discusión de la Constitución de Cádiz», –los que han abierto el paso a las ideas de la *Ilustración* muy *en vogue* en los países occidentales.

Para Julián Marías el abandono de las *creencias* como elemento básico de la vida española, «que ha servido de columna vertebral a las sociedades hispánicas» fue un *error histórico*, y eso porque el *desdén* por ese «sólido sistema de creencias» significa un *desdén* también de la «vitalidad» de los pueblos hispanos, «el sabor de la vida». Desde otra perspectiva se debe considerar, que exactamente esos «elementos negativos del racionalismo», son los que «han empobrecido la realidad o la han esquematizado de forma maniática», <sup>27</sup> fueron los que, más tarde, abrirían el camino para ideas auténticamente españolas por los representantes de la generación del 98, momento histórico en cuanto a la entrada de ideas en España cuando «se inicia un cambio radical en la mente hispánica, que consistió sobre todo en una imperiosa llamada a la autenticidad». <sup>28</sup>

#### EL PENSAMIENTO NACIONAL DE LA GENERACIÓN DE 1898

¿Qué fue ese pensamiento español? Para la Europa occidental «la ciencia moderna europea tiene ciertas exigencias, tiene ciertos requisitos, hay una cierta manera de rigor que es la propia de esta ciencia». <sup>29</sup> No podía ser lo mismo para los españoles, debían «ver sus limitaciones, ser capaz, llegado el momento, de renunciar a eso para ir más allá». <sup>30</sup> Buscar el contacto con *los otros* y estar de vuelta para *los suyos*. ¿Habían ido los representantes de 98? Para Julián Marías, no. Ganivet no bastante y Unamuno en cierta manera, personalmente, sí, «había hecho la experiencia real del pensamiento europeo, lo conocía, lo poseía, lo dominaba, era dueño de sus técnicas –pero en su casa de Salamanca, quiero decir, publicamente, no». <sup>31</sup>

Más teoría en la literatura, ésa fue la tendencia de la generación siguiente, la de Ortega y Gasset, que «hablaba del señorío de la luz sobre las cosas y sobre uno mismo, el señorío de la luz hacia el cual, decía, había siempre querido llevar

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 186.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pág. 189.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pág. 189.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pág. 218.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pág. 218.

<sup>31</sup> *Ibid.*, págs. 218-19.

a sus compatriotas». <sup>32</sup> Ortega que defiende una teoría ni meramente abstracta ni académica, «sino circunstancial». Ortega que representa la *razón vital* frente al *sentimiento trágico de la vida* de Unamuno, fue creador de dos grandes innovaciones: «la utilización temática de la metáfora como método filosófico y la renovación de los géneros literarios». <sup>33</sup> Lo que significa: «la concepción del hombre como una realidad que se hace a sí misma circunstancialmente y que es forzosa-mente libre, la idea de la razón vital y su forma concreta: la razón histórica». <sup>34</sup>

En resumen, los representantes de la generación 98 –historiadores, escritores, filósofos– querían confrontarse con la *realidad española, reconocerla, tomar posesión de ella*. 1898, políticamente visto, el año en que España perdió sus últimas colonias en Ultramar –Cuba, Puerto Rico y los Filipinos– al mismo tiempo, fue fin y renacimiento del ser español, de la realidad española que debía ser reformada «tomar su naufragio como punto de partida, ya que no tienen otra cosa. Los hombres del 98 están movidos por la íntima necesidad de saber a qué atenerse respecto a la situación en que tienen que vivir y que han aceptado». <sup>35</sup> Es lógico que en el centro de la literatura de ese tiempo se encuentren estudios de filosofía, siendo la filosofía en ese movimiento el *centro organizador* de la vida intelectual, aparte de la literatura novelística. Hecho curioso e incomprensible, para Julián Marías, es que numerosos escritores de novelas o de obras de ideas de esa época, como Miguel de Unamuno, no encontraran un eco correspondiente a sus posibilidades filosóficas y literarias en el extranjero. Fueron solo unos pocos como Pío Baroja o Valle-Inclán, J. Ramón Jiménez, autor de la novela *Platero y yo*, titular del Premio Nobel, y sobre todo, Federico García Lorca, teniendo un suceso extraordinario en España y en todo el mundo. ¿Por qué? pregunta J. Marías, España que siempre fue representante de un número importante de autores sobresalientes no hubiese llegado «país con el cual había que contar». Para J. Marías son varias las razones. Algunas «afectan al estado actual de la vida intelectual y literaria en Europa y también, aunque con diferencias considerables, en América; otras a las vicisitudes en España en los últimos veinte años; las más sutiles, a los caracteres de la cultura española de este tiempo». <sup>36</sup> Todo eso es el resultado, en cierta manera, de un *profundo provincialismo*, impidiendo la comunicación entre los países, «aisla y separa a los pueblos de Europa unos de otros», y eso por causa de los *expertos* «profesionalmente encargados de informar a unos países de otros», o de los representantes de los medios los que «de acuerdo con una técnica bien conocida y de resultados *inmediatos* seguros, confieren notoriedad universal a cualquier obra literaria, doctrinal o artística». <sup>37</sup> En 1962, en su ensayo *España contemporánea en la*

<sup>32</sup> *Ibid.*, pág. 221.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pág. 221.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pág. 222.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pág. 228.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. 233.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pág. 234.

*cultura universal*, y Marías explicó que «lo verdaderamente original, lo que supone una efectiva innovación, tiene escasas probabilidades de alcanzar ese tipo de imposición automática, que tiene mucho de mecanismo y, consiguientemente, de inercia».<sup>38</sup> Y en consecuencia no hay —o sólo en un grado mínimo— hoy en Europa una verdadera *receptividad por lo distinto*. En España, terminada la Guerra Civil en el año 1939, no hubo eco positivo en cuanto a obras literarias publicadas, siendo que «una gran parte de la opinión extranjera y muchos españoles emigrados dieron por supuesto que en España había acabado toda vida intelectual».<sup>39</sup> Y eso, también, en cuanto a autores muchos anteriores a la Guerra Civil «que seguían viviendo y escribiendo en España». Muy al contrario los autores españoles en el exilio podían contar con mucho más interés en la vida pública:

Finalmente, la cultura española el siglo XX, cuyo carácter radical ha sido su *autenticidad*, el brotar de las últimas raíces de un pueblo que tiene que saber a qué atenerse sobre sí mismo, que tiene que imaginarse, proyectarse imaginativamente y hallar la tonalidad de su propia vida más honda, esa cultura que no se ha podido prestar ni al mimetismo exterior ni a la adaptación interior; ni ha podido teñirse de los colores que «se han llevado» estos años en Europa, y que hubieran asegurado su fácil éxito y difusión, ni ha podido ni querido ajustarse a las imposiciones que le hubieran dado una situación privilegiada.<sup>40</sup>

A fines de los sesenta J. Marías nota cierta inseguridad en el desarrollo de la vida intelectual: ante todo problemas europeos y sólo «secundariamente españoles». Al hacer un balance de las producciones literarias en España en los pasados veinte años, «se vería que ni en calidad ni en volumen de producción desmerece de un período análogo de los decenios anteriores»<sup>41</sup> y eso, y sobre todo, en cuanto a los grandes méritos de los representantes del 98, con los cuales comienza un cambio esencial en la autodefinición del ser español y la autenticidad de sus producciones culturales en todos los campos de la literatura.

#### ESPAÑA ENTRE TRADICIÓN Y INNOVACIÓN. LAS DOS ESPAÑAS DE RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

Es en la *sobriedad española*, elemento característico de los españoles con mínimo afán de interesarse de novedades, que se inclina más «a desentenderse de las corrientes espirituales que privan en los países extranjeros más adelantados», R. Menéndez Pidal quería ver el origen de una conducta bifronte de los intelectuales, de los que unos propenden al aislamiento con respecto al extranjero, mientras que otros, lo consideran necesario para mantener una activa comunicación con los intelectuales de los pueblos que van al frente de la cultura:

<sup>38</sup> *Ibid.*, pág. 234.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 235.

<sup>40</sup> *Ibid.*, pág. 236.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pág. 243.

El resultado es que el aislacionismo predomina mucho en España, y busca sus fundamentos en la esfera de los principios, pensando que el español tiene muy poco que aprender de los pueblos extraños y que es esencialísimo el conservar íntegras todas las formas tradicionales de la vida y de pensamiento, libres de cualquier influjo extranjero, el cual no sirve sino para debilitarlas y ponerlas en peligro.<sup>42</sup>

Es esa *sobriedad española*, la fuente de cierta *parquedad* en cuanto a impresiones y reacciones que tocan la vida de los españoles, que tienden a una exagerada «estimación absorbente de aquello que se toma como principal, e indiferencia para cuanto se mira como secundario».<sup>43</sup> De aquí la valorización extremadamente contrario entre *inferioridad* o *superioridad* de la nación española en comparación con otros pueblos de Europa, teniéndose los españoles «por inferiores a los demás pueblos, ora dan la nota extrema de orgullo nacional, creyéndose el nuevo pueblo elegido de Dios entre todos los otros».<sup>44</sup>

La *España innovadora* se articuló primeramente bajo las influencias de la *Ilustración* en el siglo XVIII, pero sólo los acontecimientos que resultaron de la guerra napoleónica a comienzos del siglo XIX, hicieron que España pudiera llegar a la «mayor edad, libre de la tutela monárquica-absolutista.» Desarrollo que en el campo intelectual llegó a su culminación por la generación del 98, cuyos representantes más destacables muestran una conducta en ciertos puntos opuesta en cuanto a la autodefinición del *español* —entre tradición y innovación— a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Se refiere Menéndez Pidal a Juan Valera que en 1876, en su *Discurso ante la Academia Española*, arguye que para un refloreamiento de España «convendría volver a un estado social, político y religioso semejante al del siglo XVI». Mientras que Ángel Ganivet en su *Idearium español*, defiende una «armonía entre el espíritu nuevo y el viejo.» Más categóricamente se explica Miguel de Unamuno, arguyendo que los españoles para continuar sus tradiciones no debían copiar el pasado, sino debían buscar en el «fondo intrahistórico del pueblo español las fuerzas que encarnaron en aquellas ideas y que pueden encarnar en otras»<sup>45</sup>

De manera mucho más extrema en lo que toca la valorización de las tradiciones en cuanto a las perspectivas de la vida moderna y futura en España van a argumentar Azorín y, sobre todo, Ortega y Gasset en su obra *España invertebrada*, de 1921. Cita Pidal a Azorín de un artículo por él escrito en 1912/1913, en que explica que «España no ha llegado jamás, ni en su siglo más esplendoroso, el XVI, a tener un momento de verdadera vitalidad»,<sup>46</sup> opinión que más tarde fue confirmada por parte de Ortega, que, como cita Menéndez Pidal, dijo que la nación española

<sup>42</sup> Ramón Menéndez Pidal, *op. cit.*, pág. 162.

<sup>43</sup> *Ibid.*, pág. 162.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pág. 163.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pág. 217.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pág. 220.

[...] no sufre una decadencia en la Edad Moderna, sino que carece de salud desde los tiempos mismos de la invasión de los godos; padece una insuficiencia constitutiva, cual es la ausencia, o al menos escasez, de minorías directoras capaces de actuar sobre la masa del pueblo, a la vez que indocilidad de esa masa para ser dirigida, lo cual produce la lamentable invertebración histórica de España.<sup>47</sup>

Políticamente visto, los tradicionalistas, los de *derechas*, llegaron a ganar, otra vez, mayor influencia en el primer tercio del siglo XX, en la última fase de la monarquía española bajo Alfonso XIII. Los izquierdistas, de su parte, anunciaban que el sistema católico de España ha dejado de existir precisamente con las elecciones de los republicanos, el día 12 de abril de 1931.

#### EL PROYECTO DE ESPAÑA

Julián Marías, alumno de Ortega, su venerado *maestro*, en cuanto al sentido del *ser español* llega a la conclusión de que,

la manera individual de sentirse español, de ser español, se articula con una dimensión que trasciende de la vida individual, aunque es inseparable de ella: en esta doble relación reside la mayor dificultad para comprender la historia, la que hace que casi toda la historiografía resulte a última hora escasamente satisfactoria.<sup>48</sup>

Para J. Marías, la vida humana es «proyectiva, orientada al futuro, *futuriza*» vista, precisamente, desde su realidad en el presente. Cada uno se proyecta «dentro de la sociedad a la cual pertenece», es decir, dentro de una sociedad que ella su misma es *proyectiva*, que «consiste en un *proyecto colectivo* con el cual se encuentra cada persona, del cual tiene que participar en muy variadas formas».<sup>49</sup> Un proyecto español –para el individuo así como para el colectivo– no dado de antemano, de una vez para todas, mas en cambio permanente. Proyecto que, al ser definido como *vocación*, necesitaba la elección que «inicialmente había sido menester descartar», elección que ahora aparece como *respuesta*: «se elige *serle o no fiel*», lo que al mismo tiempo hace surgir en el escenario el concepto de la autenticidad de la historia, o aquí, en especial, del *ser español* en estrecha conexión con el *proyecto de España*. Son esas consideraciones sobre la vida española la razón de la que, para Julián Marías, resulta la *dramática* situación de que en toda época el español, hombre y mujer «tiene que proyectar su vida dentro del proyecto colectivo que era entonces la significación más fuerte del nombre España. [...] Lo decisivo es que no se puede ser español más que en función del proyecto español, en vista de él, contando con él».<sup>50</sup> Los rasgos del *proyecto de España* han cambiado según el desarrollo histórico que se deja dividir en cinco

<sup>47</sup> *Ibid.*, págs. 220-21.

<sup>48</sup> Julián Marías, *op. cit.*, pág. 311.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pág. 311.

<sup>50</sup> *Ibid.*, pág. 312.

etapas fundamentales: 1ª La romanización, época en que Hispania fue «una *variedad*, con fuerte y marcada personalidad, del mundo romano»; 2ª El Reino visigodo; 3ª El Reino musulmán (711-1492), terminado ese *proyecto* con la cristianización de España por la *Reconquista* y por el reinado de los Reyes Católicos. 4ª La época del *Renacimiento*, con el descubrimiento de las tierras de *Ultramar*; 5ª La *Edad moderna*, con la invasión napoleónica y las guerras de independencia en las colonias americanas, de lo que resultó la «discordia en España entre las Españas». Todos esos *proyectos* fueron temas literarios, más por parte de los poetas y novelistas que por parte de los historiadores. Una literatura, que en opinión de J. Marías, no destaca por un *carácter nacional*, porque España desde sus comienzos de su cultura y historia, de los romanos a los visigodos y a los musulmanes, de los judíos hasta los Reyes Católicos, fue un conglomerado de lenguas y culturas diversas. Visto el hecho de que la lengua española «no es *sólo* la lengua de España, sino de todo el mundo hispánico, que la posee, la usa, la crea con igual propiedad», también la literatura que se preocupa con el *proyecto de España*, «con el pensamiento en que ha adquirido rigor conceptual», obedece, por partes iguales, a españoles lo mismo que a hispanoamericanos. Los españoles y los hispanoamericanos del presente, lo quieren o no «tienen que mirar más allá de sus fronteras si quieren entenderse, sie quieren *ser* de verdad, si no se contentan con una realidad mutilada». <sup>51</sup> Pero para poder efectuar en este sentido sobre el *proyecto español futuro* sería necesario, para *todos*, *ejercer la imaginación*, «inventar nuevas formas, partiendo de la realidad que los constituye, de la cual están hechos». <sup>52</sup> En cuanto a lo que significa la historia como factor del *proyecto futuro español*, será de una importancia eminente. Hacer olvidar la historia, practicada por los que quieren *manipular a los demás*, «hace borroso el cauce por el cual han de transcurrir los proyectos actuales». <sup>53</sup>

<sup>51</sup> *Ibid.*, pág. 315.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pág. 315.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pág. 315.